

La tierra que pisas es santa

AÑO JUBILAR TERESIANO **Monasterio de La Encarnación**

Cuando uno llega al monasterio-carmelo de *La Encarnación*, en Ávila, entra en su iglesia y accede a la capilla de la transverberación, queda impresionado al hallar bajo sus pies una gran losa con letras cinceladas que reza así: *La tierra que pisas es santa. Palabras oídas en la edificación de esta capilla que dio principio en el año de 1628.*



En efecto: estas palabras fueron escuchadas por los obreros y constructores que entonces trabajaban sobre el lugar que ocupara la celda de santa Teresa de Jesús durante los 27 años en que fue conventual del monasterio. Fueron ellos los que quisieron dejar este testimonio conmovedor de lo que allí vivieron.

Este suceso no fue algo puntual, sino que cada día, quienes tenemos la dicha de vivir junto a este lugar, podemos constatar que el fenómeno se repite en las almas

que se acercan al monasterio, pues perciben un aire de santidad, un halo sobrenatural, que las sobrecoge.

No es casualidad que el papa León XIII, en una audiencia con peregrinos llegados de Ávila al Vaticano, llegara a decir que, después de Tierra Santa, el monasterio de *La Encarnación* de Ávila, posiblemente sea el lugar donde más veces ha estado Jesucristo, por la admirable frecuencia de su trato con santa Teresa.

Por esta razón, entramos como de puntillas –a través de estas líneas–, en este relicario, que no es sólo de santa Teresa, sino también de otros santos que por aquí pasaron... y de todos aquellos que lo habitan, y también –de alguna manera– de quienes peregrinan hasta este lugar... todos, verdaderas *piedras vivas* del edificio eclesial, cuya piedra angular es Cristo, el Señor.

HISTORIA

La historia del monasterio de *La Encarnación* tiene su origen en el beaterio que D^a Elvira González de Medina erige en su propia casa en el año 1479. Dicha señora, tras una vida azarosa, decide reparar su pasado recogiéndose en un convento. Para constituir una Comunidad, se unen a ella Juana Núñez y María Berdugo, y las 3 juntas inician su vida religiosa vistiendo el hábito carmelitano en este palacio situado junto a la *Puerta de San Vicente*.

Al darse cuenta de que el inmueble no reúne las condiciones necesarias para una vida conventual, se trasladan a otro situado en la calle del Lomo. Cuando fallece D^a Elvira (alrededor del año 1485), su hija D^a Catalina del Águila es elegida priora. En 1484 había entrado una novicia, hija del primer matrimonio del difunto esposo de D^a Catalina: D^a Beatriz Guiera. Por desavenencias a causa de la herencia que debía corresponder a D^a Beatriz, pero que D^a Catalina reclama para sus hijos, D^a Beatriz debe trasladarse al convento de dominicas de Alba de Tormes.

Tras el fallecimiento de D^a Catalina, D^a Beatriz puede regresar al beaterio carmelita, donde ella sentía a Dios que la llamaba; así lo hace en 1496. Inmediatamente es elegida priora a pesar de su corta edad (26 años); es entonces cuando su estancia pasada entre las dominicas se revela como providencial, pues allí ha aprendido los usos monásticos y el rezo coral del Oficio Divino, por lo que, tras haber enseñado éstos, la Comunidad ya puede solicitar el cambio de beaterio a monasterio. Una vez realizado este paso el 25 de junio de ese mismo año, comienzan a afluir nuevas vocaciones; en el año 1500 son ya 12 las monjas profesas.

La casa de la calle del Lomo resulta poco adecuada; las monjas son vistas desde el exterior y, además, es insalubre a causa de la humedad. Urge buscar otro emplazamiento. D^a Beatriz Guiera realiza las gestiones pertinentes, y llega el permiso de Roma para que pueda llevarse a efecto el traslado. Se construirá un edificio de nueva planta extramuros de la ciudad sobre el actual solar; las obras dan comienzo en 1513.

La Santa Misa de inauguración se celebra el 4 de abril de 1515, precisamente (y como una premonición) el día en que era bautizada en la parroquia de San Juan la niña Teresa de Ahumada. Pero las obras del monasterio no habían terminado, ni concluirían hasta muchos años después.

Teresa de Ahumada entró en el monasterio de *La Encarnación*, de las carmelitas de la antigua observancia (entonces llamadas “carmelitas calzadas”, denominación que usaremos en adelante) el 2 de noviembre de 1535, a los 20 años de edad. Entonces no existía el postulante, por lo que al día siguiente tomó el Hábito, comenzando su año de noviciado. Hizo su profesión religiosa al año siguiente, según se acostumbraba. Ésta era la única que se hacía. La distinción entre profesión *temporal* y *perpetua* es muy posterior. Aquí transcurrieron sus primeros años como monja, en los que el Señor la fue preparando para realizar la reforma de la Orden del Carmen, hasta que en 1562, a los 47 años de su edad, salió a fundar el primer convento de carmelitas descalzas: el de San José de Ávila.

En 1571 fue designada por el provincial de los carmelitas calzados priora de este monasterio. No había sido votada por la Comunidad, conculcando así el derecho de las monjas a votar a su prelada. Esto creó una fuerte situación de conflicto el día de la toma de posesión. Pero su patente santidad se impuso, y no fue necesario que pasaran más que unas horas para que toda la Comunidad le rindiese obediencia.

Con el fin de ayudar a instaurar la vida de perfección que deseaba ver en *La Encarnación*, solicitó que su primer descalzo, fray Juan de la Cruz, dejara el rectorado de los novicios en Alcalá de Henares y viniera “a confesar monjas”. Aunque pareciera un disparate, fue un verdadero acierto. El nivel de espiritualidad de las monjas de *La Encarnación* subía por momentos.

Ejerció su trienio de priora con tal tino, que las monjas, al finalizar éste, la votaron por prelada. Pero para entonces el provincial de los carmelitas calzados ya había cambiado de opinión y se opuso a esta resolución, designando una priora de entre la Comunidad. Por lo que la santa madre Teresa de Jesús dejó *La Encarnación* para seguir con sus fundaciones de conventos descalzos. Pero su estancia en *La Encarnación* no había sido sin fruto: de este monasterio llegaron a salir 30 monjas con el fin de abrazar la nueva vida que ella estaba implantando en sus palomarcicos.

San Juan de la Cruz continuó como capellán y confesor 2 años más, hasta que los frailes de la Orden se lo llevaron por la fuerza del monasterio a una celda-prisión del convento de Toledo.

A pesar de haber nacido la Reforma del Carmen en una celda del monasterio de *La Encarnación*, éste no abrazó la descalcez hasta mediado el siglo XX. Sin embargo, el paso a esta descalcez se había intentado dos veces: en los años 1887 y 1905. En la primera, la iniciativa fue de la Comunidad de carmelitas, pero el obispo no lo vio conveniente. En la segunda, fue al revés: el obispo lo propuso a la Comunidad, pero no logró la total unanimidad de los votos que exigía Roma.

Al estallar la guerra civil española en 1936, debido al evidente peligro en que las monjas se hallaban, la Comunidad prometió a santa Teresa que si el monasterio y las monjas se salvaban, abrazarían la Reforma. Al constatar la tan palpable ayuda del Cielo, así lo hicieron al acabar la contienda. La fecha elegida no podía ser sino un 24 de agosto, por ser el día en que santa Teresa había salido del monasterio de *La Encarnación* para fundar el de San José, iniciando la Reforma. Así con gran solemnidad el 24 de agosto de 1940, pasó a la descalcez toda la Comunidad, siendo obispo de Ávila, D. Santos Moro Briz y priora la Madre M^a Encarnación de Santa Elena (considerada una de las grandes prioras de este monasterio, fallecida el 8 de abril de 1982), gracias a cuyo fervor y empeño pudo darse ese paso.

En los años 60 del siglo XX el edificio del monasterio amenazaba ruina y la Comunidad se veía muy diezmada, pues vivían tan solo 18 monjas en un monasterio en el que, en tiempo de santa Teresa, llegaron a habitar casi 200.

Por estas razones, el obispo de Ávila de entonces –que seguía siendo D. Santos Moro–, pidió a la Madre Maravillas de Jesús se hiciera cargo de la restauración material del monasterio y le diera un nuevo impulso espiritual, pues de no hacerlo con urgencia se podría perder irremisiblemente, con lo que esto supondría para toda la cristiandad. Tras cierta resistencia (inevitable por su humildad), santa Maravillas acabará por enviar el 24 de septiembre de 1966 a *La Encarnación* 8 monjas escogidas de sus fundaciones; entre ellas la que iba a ser otra de las grandes prioras de este monasterio: la Madre Magdalena de Jesús (fallecida el 15 de marzo de 2012).

Con la ayuda del gobierno español de ese tiempo, fue posible una laboriosísima restauración, para la que se necesitaron 30 obreros durante 5 años. Éstos hicieron un trabajo admirable bajo la guía de la Madre Magdalena, quien logrará conservar el monasterio con su clásico estilo antiguo, además de destinar una zona de la clausura para la acogida a peregrinos y visitantes. Así, el zaguán de acceso al monasterio se convertirá en museo, de tal forma que quien hoy traspasa el umbral de esa puerta, puede percibir que entra en un espacio tocado por la gracia de Dios, resumada por tantos santos, que junto a santa Teresa por aquí han pasado.

LA HUELLA DE SANTA TERESA

Sin duda alguna el monasterio de *La Encarnación* es un importantísimo relicario de santa Teresa, pues de los 67 años de su vida, son nada menos que 30 los que pasó entre estos muros. Aquí vivió episodios de gran transcendencia y elevada experiencia espiritual, que pueden situarse de forma muy concreta en determinadas estancias del mismo. Por ello, y para recreo del lector, deseamos recoger en estas páginas algunos de ellos, muchos de los cuales pueden visitarse hoy en día, bien en el museo, bien en la iglesia del monasterio.



- **Tres locutorios**

Al primer locutorio, –al que el peregrino puede acceder desde el museo– vino en varias ocasiones Teresa de Ahumada cuando contaba unos 17 años, para visitar a su amiga Juana Juárez, quien había entrado aquí para ser carmelita.



Al pasar al segundo locutorio, el peregrino se encuentra con D^a Teresa dando ya sus primeros pasos como monja, pues esperando aquí una visita tuvo una visión del Cristo atado a la columna.

Fue en el tercer locutorio, en el año 1573, siendo priora, cuando, un domingo de la Santísima Trinidad, hablando con san Juan de la Cruz, los dos quedaron suspendidos en éxtasis.

- **Escalera**

En la escalera principal del monasterio, se pueden encontrar dos imágenes, una de santa Teresa y otra del Niño Jesús. Éstas se pueden apreciar desde el museo a través de una puerta acristalada.

Cuenta la tradición que un día vio la Santa en esta escalera un precioso Niño. A ella no le extrañó, pues entonces entraban las familias de las monjas al monasterio con cierta facilidad. Éste le preguntó: "¿Cómo te llamas?"; al decirle ella: "Teresa de Jesús", Él respondió: "Yo, Jesús de Teresa".



- **Celda prioral**

Desde la sala del museo que ocupa el antiguo campanario, se puede ver a través de una ventana la celda prioral que ocupó la Santa durante los tres años en que fue aquí Priora. Por tratarse de una celda de antes de la Reforma, es de grandes dimensiones, además de contar con un oratorio particular, cuya puerta de entrada está al fondo a la izquierda. A la derecha –junto al cristal– también puede verse la escalera que conducía a la celda de su enfermera, la hermana Ana María de Jesús. Se conserva la alacena del fondo a la derecha, usada por la Santa. De ella se ha desprendido en ocasiones excepcionales un olor especial, que santa Teresa concede como una gracia.



- **Virgen de la Clemencia**

Como relatábamos en el apartado “Historia del monasterio”, santa Teresa regresó a *La Encarnación*, tras 9 años de haber estado fundando conventos en los que se vivía según la Reforma, para ser priora. Según la mayor parte de los historiadores, esto sucedía el 6 de octubre de 1571. La situación no era nada fácil, pues su priorato fue impuesto por los superiores de la Orden, quienes violaban así el derecho a voto que tiene toda Comunidad religiosa para elegir a su priora (como ya hemos referido anteriormente). Por si fuera poco, a esto se añadía que los motivos que tenían para hacerlo no eran, a todas luces, en absoluto rectos. Para colmar el vaso, las monjas temían que la nueva priora tratase de imponerles la descalcez. Todos estos motivos confluyeron para que, como señal de protesta, no le abrieran la puerta principal.

Dado que el Padre Provincial conocía la existencia de una pequeña puerta que comunicaba el Coro bajo del monasterio con la iglesia, decidió forzarla y hacer pasar por ahí a la Santa.

Ella entró con gran serenidad, la cual –según declaran todos los testigos del proceso de canonización–, no perdió en ningún momento. Con gran humildad, tras tañer la campana que convocaba a la Comunidad, hizo además de sentarse en el lugar que le correspondía antes de salir de *La Encarnación* para iniciar su Reforma, habiendo dejado colocada en el lugar de la priora la imagen de la Virgen de la Clemencia con las llaves del monasterio en las manos. Una vez reunidas todas las monjas, se dirigió entonces a sentarse a los pies de la imagen, y les dijo con gran amor:

“Señoras, madres y hermanas mías: Nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado a esta casa para servir las; que en lo demás, cualquiera me puede enseñar y reformar a mí”. Desde ese momento, se ganó el corazón de todas. Y sin ninguna dificultad, como si nada hubiese sucedido, una por una le rindieron obediencia.



Pasados unos meses, el 19 de enero de 1572, estando la Comunidad en ese mismo Coro alto rezando Completas, durante el canto de la *Salve* final, santa Teresa dejó de ver la imagen de la Virgen para empezar a ver a la misma Señora del Cielo, que vino rodeada de una multitud de ángeles. La Madre de Dios le dijo: “Bien hiciste en ponerte aquí: Yo estaré presente a las alabanzas que se hicieren a mi Hijo y se las presentaré”.

Desde entonces, la conciencia de que ese Coro es, en realidad, un santuario mariano, ha estado muy presente en las carmelitas descalzas, quienes todos los días se acercan con veneración a contarle a la Virgen tantas y tantas intenciones como les encomiendan, para que Ella se las presente a su Hijo, como prometió.

En el siglo XVIII se sustituyó todo el frente de la sillería por un retablo, en el que se entronizó a la Virgen de la Clemencia.

• **Comulgatorio**

En la parte central del Coro bajo de la iglesia, se puede ver el comulgatorio a través del cual durante 30 años recibió la Sagrada Forma santa Teresa, repartida por san Juan de la Cruz durante los 5 años en que fue capellán del monasterio. La Santa fue amantísima de la Eucaristía, con la peculiaridad de que le gustaban mucho las Formas grandes, pues así estaba más tiempo en ella la Humanidad de Jesucristo después de comulgar.

Fue precisamente aquí, el 18 de noviembre de 1572, cuando recibió la gracia del Matrimonio Espiritual. El Padre fray Juan de la Cruz, para mortificarla, le dio un pedacito de Forma en el momento de la Comunión. Y relata la Santa en una cuenta de conciencia:

“Díjome Su Majestad: «No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de Mí»; dándome a entender que no importaba. Entonces representóseme por visión imaginaria, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es ya tuya y la tuya mía»”.



• **Capilla de la Transverberación**

Por el crucero lateral del lado izquierdo de la iglesia, se accede a la Capilla de la Transverberación que fue construida sobre la celda en la que vivió santa Teresa los 27 primeros años de su vida religiosa. Es ya casi ante el presbiterio, cuando podemos leer sobre una lápida las palabras que se oyeron durante su construcción: “La tierra que pisas es santa”.

La gran reliquia que puede encontrarse en esta capilla, es parte de lo que fue la celda original de santa Teresa en el lado izquierdo del presbiterio. Fue descubierta de forma –podemos decir– milagrosa, durante las obras del edificio realizadas en 1967 por parte de las monjas enviadas por la Madre Maravillas. Se trataba de una celda de dos pisos, con cocina en la parte superior, y que llegaría hasta aproximadamente la mitad del presbiterio actual.

Fue en esta celda donde por primera vez se habló de fundar un convento más recogido, con pocas monjas, en el que se pudiera hacer vida de ermitañas. Así lo relata la Santa en el libro de su Vida:

“Ofrecióse una vez, estando con una persona, decirme a mí y a otras que si no seríamos para ser monjas de la manera de las descalzas¹, que aun posible era poder hacer un monasterio. Yo andaba en estos deseos, mas, por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy a mi gusto y la celda en que estaba, hecha muy a mi propósito, todavía me detenía. Con todo, concertamos de encomendarlo mucho a Dios. Habiendo un día comulgado, mandóme mucho Su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él”.

En esta celda recibió santa Teresa grandes gracias místicas y, en particular, la de la transverberación de su corazón, que relata en el capítulo 29 del libro de su vida, y que está representada en el cuadro que ocupa el lugar central del retablo del presbiterio, copia de la famosa escultura de Bernini.



EL PASO DE LOS SANTOS

El monasterio de *La Encarnación*, con sus 500 años de vida, encierra el recuerdo del paso, no sólo de santa Teresa, sino de otros muchos santos, por lo que se hace aún más lapidaria esa frase de la entrada: “La tierra que pisas es santa”.

Entre dichos santos, los hay de la época de santa Teresa, los cuales son de la talla de san Juan de la Cruz, san Pedro Alcántara o san Francisco de Borja; y también los hay de tiempos más cercanos como son santa Micaela del Santísimo Sacramento, san Antonio María Claret, el Beato Tito Bradsma, el cardenal Roncalli (futuro san Juan XXIII), santa Maravillas de Jesús, san Rafael Arnaiz, el Beato Álvaro del Portillo, el Venerable Padre Tomás Morales o san Juan Pablo II, entre otros.

De entre ellos hay que destacar a san Juan de la Cruz, pues su estancia no se redujo al tiempo de una visita, sino que vivió cinco años como capellán del monasterio, por lo que dejó una impronta que todavía puede percibirse en distintos lugares de este monasterio.

¹ Convento de las *Descalzas Reales*, de monjas franciscanas, fundado en Ávila por iniciativa de san Pedro de Alcántara y trasladado después a Madrid.

Cuando santa Teresa lo mandó llamar en 1572, anunció a la Comunidad: “Tráigoles un Padre, que es santo, por confesor”. Él vivió en una casita que le preparó la misma Santa –llamada “la Torrecilla”–, junto al monasterio y en cuyo lugar se alza hoy una ermita a él dedicada, hoy dentro de los muros de la clausura.

Durante sus cinco años como capellán, san Juan de la Cruz moldeará el alma de las monjas de la Comunidad, y las impregnará de esa fragancia de santidad que sus consejos, sus escritos y hasta su semblante, rebosaban.

Todavía se conserva el confesionario por él usado, que puede verse al entrar en la iglesia. Asimismo se puede apreciar la tribuna desde la cual tuvo aquella visión de Cristo en la Cruz, que plasmó en una hojita, cuya perspectiva –hasta entonces inusitada–, inspiró a artistas como Salvador Dalí, quien a partir de este boceto pintó el famoso “Cristo de San Juan”, más conocido como “el Cristo de Dalí”.



PIEDRAS VIVAS

El monasterio de *La Encarnación*, desde que abrió sus puertas el 4 de abril de 1515, ha mantenido una vida religiosa ininterrumpida. Siempre ha habido una Comunidad orante, que ha estado ofreciendo su vida y sus oraciones por la Iglesia y la humanidad. Ha sobrevivido a periodos de la historia nada fáciles, como la invasión napoleónica, la desamortización de Mendizábal, la guerra civil, y circunstancias que provocaron la desaparición de otras muchas Comunidades.

Así hoy podemos contemplar, no sólo un edificio impecable –que te hace revivir los tiempos de Santa Teresa–, sino también una Comunidad viva que cuenta con 28 carmelitas. Un número concedido por la Santa Sede, por ser un monasterio muy grande en el que vivieron casi 200 monjas, evidentemente no diseñado para Carmelo Descalzo.

Resulta hermoso constatar que aquí no sólo hay piedras inertes, sino *piedras vivas* que son las carmelitas descalzas que viven dentro de estos muros y que parecen transmitir vida a este monasterio de *La Encarnación*.

Por el contrario, es triste ver lugares cargados de historia y santidad, que por desgracia hoy sólo tienen una función de museo, de hotel, de parador...; en definitiva: han sido desprovistos del uso sagrado para los que fueron edificados.

También constituye una gracia entrar en contacto con estas carmelitas, que son las hijas espirituales de santa Teresa; podríamos llamarlas: “Terasas vivas”. Ellas, con su fervor, su alegría, su fidelidad, su intimidad con el Señor, su buena acogida, su acertado consejo, nos hacen percibir a santa Teresa, y así sentir que sigue viva entre estos muros.

En este Año Jubilar Teresiano que el Papa Francisco nos ha concedido, no podemos dejar de visitar lugares como éste, donde parece haberse detenido el tiempo en la época de santa Teresa de Jesús, y así vivir la experiencia de rezar en este relicario, y de vibrar con las carmelitas por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

P. Arturo Díaz, LC

Capellán Monasterio de La Encarnación - Ávila